

Trabajo y cambio de valores

M.^a Teresa López de la Vieja de la Torre*

Introducción

UNA de las paradojas de la sociedad actual está en un crecimiento que no lleva consigo crecimiento del empleo. La paradoja consiste también en que el trabajo sigue ocupando un lugar central, pero, a la vez, ha entrado en una etapa de declive. Hace tiempo que las expectativas se han reducido de manera drástica, ¿qué añadir a lo que conocemos al respecto? En los últimos diez o quince años se habla abiertamente de una crisis profunda y de larga duración. Ahora sabemos que el mercado del trabajo, las oportunidades para entrar o mantenerse en el ciclo productivo, son cada vez más reducidas, y requieren de conocimientos cada vez más especializados.

Tal vez el concepto mismo de «trabajo» ha quedado desfasado, pues las actividades profesionales emergentes no están ya en la producción industrial sino en los servicios. Escasez del trabajo remunerado, declive de la producción industrial, etc., todo ello resulta tan sabido que constituye un tópico. ¿Estamos ante un cambio de modelo? ¿Qué hay al final de la utopía del trabajo? Tomar en serio estos cambios y la sustitución del anterior modelo es

* Profesora titular en la Facultad de Filosofía. Universidad de Salamanca.

tarea, sin duda, de las Ciencias Sociales, en especial de la Economía. pero no sólo; el análisis de la Filosofía tiene algo que decir también sobre cómo enfocar esta situación crítica.

Crisis del modelo del trabajo

GANAR claridad en el uso de las ideas y las palabras -como hace la Filosofía- quiere decir, por ejemplo, llegar a conclusiones que no siempre resultan obvias: el final de la cultura del trabajo productivo no implica necesariamente el final de otras formas de trabajo. Tampoco es el final de los sistemas de valor, sino todo lo contrario. La Filosofía moral se ocupa precisamente de valores y de principios. Tiene algo que decir sobre lo que está sucediendo, pues existen otros espacios y formas de vida aún por explorar, más allá del trabajo entendido como producción. El hundimiento de las expectativas en un sentido no tiene por qué ir acompañado del final de otras expectativas y de otras formas de cultura, menos centradas en el crecimiento.

Tras la cultura del trabajo productivo está un trabajo fragmentado y un enfoque más global de las relaciones entre los agentes. Entonces la crisis de las sociedades y la crisis de una forma de vida dibujan con mayor nitidez el papel de los principios morales, precisamente cuando nada es obvio sobre la conducta personal, el futuro de las relaciones personales o profesionales... No siempre funciona la reciprocidad cuando llega la escasez; tal vez funcione mejor la estrategia de «algo por nada» (1): el intercambio no lo es todo. En efecto, una sociedad no puede perder su equilibrio, ni aun en condiciones desfavorables; por eso no basta con organizar las actividades desde el criterio de reciprocidad, hace falta, en fin, cierto grado de altruismo para que funcione la actividad colectiva. Hace falta incluso para que la actividad individual sea eficaz a largo plazo. La reciprocidad a otro nivel quiere decir entonces que se deben compensar los posibles desequilibrios en cuanto a las necesidades básicas; por esta razón, la conducta más racional no siempre será la conducta más centrada en los propios intereses y más despreocupada de los intereses ajenos. En resumen, ser altruista es racional, pues aporta equilibrio entre intereses, cooperación, solidaridad. La crisis de la sociedad del trabajo devuelve ahora a primer plano estas ideas.

(1) A. Gouldener explicaba la pauta de indulgencia o de «algo por nada», *La Sociología actual: renovación y crítica*, Alianza, Madrid, 1979, pp. 245-280.

Valores morales

LA mayor incertidumbre sobre cómo satisfacer necesidades primarias, el final del bienestar e incluso la erosión del Estado del Bienestar ponen en otra situación a los agentes. Por ejemplo, hacen falta algunas iniciativas y que se asuman ciertas responsabilidades de unos para con otros. Por eso mismo, porque las dificultades afectan a un número importante de agentes sociales, los principios de moralidad han de definir ciertas responsabilidades insoslayables e indicar con cierta claridad un punto de partida para organizar de otra manera las relaciones entre agentes y entre grupos. El agotamiento de una forma de vida no implica, pues, el agotamiento de *todos* los principios y valores, sólo el de *algunos* valores.

El final del bienestar arroja ahora una nueva luz -tal vez una luz muy cruda- sobre lo que pueden y podrían significar en la vida cotidiana principios tales como solidaridad y contención en la búsqueda de los propios intereses. Precisamente para poder realizarlos a medio y largo plazo. Los apartados siguientes se ocupan sobre todo de esto último: (a) cómo la fragmentación del trabajo lleva a un cambio, cuyo resultado podría ser la valoración favorable de aquellas actividades que propician el equilibrio social, (b) la función positiva que pueden desempeñar los principios morales, en especial el principio de «solidaridad organizada».

La fragmentación del trabajo

LA precariedad en lo profesional influye sobre el proyecto de vida personal. Afecta y compromete también a una forma de vida, a toda una cultura asentada sobre la producción, el intercambio, la «ética» del trabajo. La estrecha relación entre trabajo, proyecto de vida y creencias estaba en los inicios del Capitalismo. M. Weber realizó un análisis, ya clásico, de la profesión, *Beruf*, como una «llamada» (2) de tipo providencial en los orígenes protestantes del Capitalismo. ¿Y hoy? Pese a la importancia del tiempo libre y del ocio, fenómenos muy característicos de la época, no está del todo claro cómo paliar la paradoja que ha producido la sociedad del trabajo. Es más, el retroceso del trabajo productivo tiene el dudoso privilegio de erosionar a fondo un sistema de vida. Estar «en paro»

(2) La idea de profesión fue desarrollada por M. Weber en su conocido escrito *La Ética protestante y el espíritu del Capitalismo*, Península, Barcelona, 1979, pp. 100-101.

parece algo así como estar al margen o llevar consigo un estigma social. Hablemos, pues, de otras formas y de otras ideas sobre el trabajo.

El final de una utopía

CON ocasión de una conferencia en Madrid el 26 de noviembre de 1984, en el Congreso de los Diputados y ante parlamentarios españoles, J. Habermas definía la presente situación como «final de la utopía del trabajo» (3). Estamos a final de un ciclo, al final de toda una época. Antes la producción y la actividad asalariada ocupaban un lugar central en el desarrollo individual y en la sociedad. Sociedad que, no por azar, es sinónimo de «sociedad del trabajo». Ahora asistimos al final de una forma de vida, que ha estado vigente desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Desde comienzos de los años setenta hasta ahora, ha entrado en una crisis profunda lo que fue utopía del trabajo. Siendo grave tal circunstancia, Habermas mostraba un lado menos desfavorable de la actual crisis: el agotamiento de una forma de vida o de un tipo de utopía no implica el final de toda utopía.

Su tesis es que estamos efectivamente al final de algo, no al final de las energías utópicas. El problema consistirá, entonces, en cómo llegar hasta un modelo alternativo y en cómo definir nuevas posibilidades. La mayoría de los análisis sobre este tema responden a una intención parecida: avanzar hacia lo que nos espera después, al final de la cultura del trabajo. Algunos proponen -como C. Offe, F. Kambartel, A. Gorz, E. Matzner y J. Strasser- diversificar el trabajo para crear o consolidar actividades menos rentables, pero socialmente necesarias. El reto consiste en paliar los efectos negativos que provoca la carencia de trabajo productivo. El término «solidaridad organizada» recoge bastante bien varios argumentos que pretenden lo mismo, un cambio en el modelo del trabajo. Adoptar un punto de vista general, más sociológico que económico, por así decirlo, equivale a hablar de responsabilidades, de solidaridad de unos agentes para con otros, y no sólo a través del Estado. Por tanto, pensar en posibles soluciones ante la crisis es pensar en términos de fragmentación del trabajo escaso y de solidaridad ante los efectos del trabajo escaso.

(3) Habermas, J.: *Ensayos políticos*, Península, Barcelona, 1988, pp. 113-134.

Otro concepto de trabajo

LO primero, la «fragmentación», o diversificación del trabajo, responde al hecho de que escasean las actividades que aún mantienen una estricta separación entre esfera laboral y esfera privada. La fragmentación quiere decir potenciar actividades antes relegadas, por ser escasamente rentables y que, en su mayoría, se desarrollan en el sector de los servicios (4). El trabajo formal creó lugares específicos para la actividad, puestos, contratos, etc., relegando otras actividades más difusas en cuanto a su ubicación y en cuanto a resultados. El trabajo no tan formal sigue efectivamente otras pautas, diferentes a las pautas que rigen el trabajo «productivo». El trabajo se ha vuelto entonces difuso, lo cual refleja también la misma heterogeneidad de las sociedades posindustriales. Por eso el criterio económico resulta insuficiente para explicar cómo funcionan las profesiones nuevas y los servicios nuevos, en los que tareas de intermediación desplazan al modelo productivo puro.

Sin ir más lejos, ¿qué sucede con las actividades que no son consideradas formalmente como trabajo? El caso del trabajo doméstico (5) demuestra que hay que redefinir conceptos y enfocar de forma menos estrecha el tema. Existen actividades productivas, productivas en sentido social y con notable peso en la vida cotidiana, pese a no formar parte de la categoría de «trabajo». El reconocimiento social de tales actividades permitiría regular el intercambio o prestación de servicios, antes sustraídas al control público. Ampliar el concepto de trabajo quiere decir, por tanto, que salgan a la superficie actividades no regladas, no remuneradas y desempeñadas de manera informal.

Organizar «algo por nada»

SIN embargo, la fragmentación de actividades puede ser una solución tan compleja que impida llegar a propuestas mínimamente operativas. Máxime cuando las necesidades que satisfacer ya no se limitan a bienes de consumo: incluyen bienes como aire respirable,

(4) C. Offe hace una propuesta de este tipo, *La sociedad del trabajo*, Alianza, Madrid, 1992, pp. 17-51. Por su parte, R. Dahrendorf analiza el paro en la sociedad industrial; *El conflicto social moderno*, Mondadori, Madrid, 1990, pp. 172-173.

(5) F. Kambartel se ha ocupado del trabajo doméstico como trabajo informal, «Arbeit und Praxis», *Deutsche Zeitschrift für Philosophie*, 41, 1993, pp. 239-249.

espacio vital suficiente, prevención de enfermedades (6), bienes culturales, etc. En todo caso, un cambio cultural no será un pretexto para escindir la sociedad en dos grupos, dentro o fuera del trabajo. Porque se puede evitar la división de sectores, dos culturas, dos formas de vida, creando un tipo de ciudadanía igualitaria. Ir a un modelo sin ciudadanos de primera y segunda clase es cuestión, primero, de igualdad de derechos. Pero, además, tiene que ver con la posibilidad de «equilibrar» el trabajo. Esto es, institucionalizar las actividades que resultan necesarias para mantener las relaciones más «reproductivas», pese a ser menos productivas.

El equilibrio en el trabajo pasa por un cambio cultural. Porque no es fácil destinar recursos materiales y humanos al cuidado de nosotros mismos, de los ciudadanos, sin tener antes la creencia de que la calidad de vida significará tal vez la reducción del tiempo de trabajo, menores ingresos, pero no deterioro de la calidad del trabajo. Las actividades ya no se medirían en términos económicos o de prestigio, sino en términos de cooperación y de vida rica en relaciones. En suma, las nuevas bases para un trabajo equilibrado parecen ir en la misma dirección que las demandas y valores, esgrimidos por los movimientos sociales. El final del trabajo reproductivo no sería, entonces, motivo para la regresión social sino para el equilibrio entre los agentes sociales. Al final y aunque las expectativas no sean satisfactorias para todos, la lección de la crisis de la sociedad del trabajo puede ser lo que algunos han denominado (7) «desarrollo diferenciado» y otros, «solidaridad organizada».

Solidaridad organizada

AL final de la utopía del trabajo no está el final de todas las energías utópicas, la contracción del mercado del trabajo no tiene por qué significar pérdidas irreparables en la calidad de vida, el desarrollo económico que se detiene para muchos ciudadanos no termina con las posibilidades para un desarrollo diferenciado... Es decir, las paradojas del crecimiento con falta de empleo llevan a pensar de otra manera, y en un cre-

(6) A. Gorz se refiere a este tipo de bienes, «Reshaping the Welfare State: The Conservative Approach and Its Socialist Alternative», *Praxis International*, 1986, pp. 5-12.

(7) Matzner, E.: «Strategy for the Transformation of the Crisis», *Praxis International*, 1996, pp. 13-20. En la revista puede encontrarse también el trabajo de J. Strasser, «Organized Solidarity between Social Darwinism and the Over-protective State: Towards a Modern Concept of Welfare State», pp. 32-42.

cimiento «diferenciado» que sigue varias reglas a la vez: en unas áreas marcha hacia delante, en otras se estanca, en otras se reduce, etc. Lo importante es adaptar el proyecto de cada uno y el funcionamiento de las instituciones a la dinámica compleja que se ha impuesto desde comienzos de los años ochenta. Ante todo, habría que evitar el retroceso hacia una sociedad dual, escindida en la clase de los que están en el mercado del trabajo y la clase de los que no lo están ni lo van a estar. Veamos algunos motivos para pensar en términos de un mayor equilibrio.

Solidaridad

EL equilibrio vendrá de políticas públicas, pero también de un cambio cultural y, sin duda, de un cambio de valores. H. Arendt (8) advirtió de un malentendido capaz de provocar serios problemas en una sociedad de trabajadores sin trabajo: éste no los libera sino que los mantiene amarrados al ciclo productivo y al consumo. Porque «labor» quiere decir actuar para satisfacer las necesidades vitales. En cambio, «trabajar» es la actividad el *homo faber*, aquel que crea un mundo de cosas. Un mundo que es artificial y, por eso mismo, crea distancias con respecto a lo puramente natural de la existencia. Mientras no cambie la idea que tenemos del trabajo, como un ciclo de labor y consumo, la existencia no será más libre.

La idea de equilibrio entre los ciudadanos exige pensar también en otros términos. «Solidaridad» (9) quiere decir que cada uno es responsable de otros, por otros. Se trata de un principio moral que no es exactamente lo mismo que la benevolencia. Complementa el trato igualitario, la justicia, indicando que se ha de dar un paso más, hacia compromisos y formas de vida compartida. La «solidaridad organizada» –Strasser se refería a ello– tiene que ver con responsabilidades que no sólo competen al Estado y a quienes deciden en lo económico y lo político. Organizar la solidaridad supone, en primer lugar, asumir que las decisiones al respecto competen al mercado y al Estado. Pero no sólo. La solidaridad, implica responder por otro, tener responsabilidades por otros; en este caso, se trata de organizar la prestación de servicios básicos, a nivel personal y a nivel social.

(8) Arendt, H.: *La condición humana*, Seix Barral, Barcelona, 1974, pp. 111-182.

(9) Para este tema, Habermas, J.: «Justicia y solidaridad», en Apel, K. O., Cortina, a.: *Ética comunicativa y democracia*, Crítica, Barcelona, 1991, pp. 175-205.

La ocasión para «algo por nada»

LA cuestión es si los valores morales, como la solidaridad o la justicia, son un recurso suficiente para afrontar la escasez y, en algunos casos, el temido retorno de la pobreza. Son necesarios, pero no son suficientes. Pues los principios morales están en el nivel de lo normativo; es decir, de lo que «debería ser» y no de lo que «es». Los principios establecen criterios y un modelo, que los agentes harán realidad en algún momento o en algún lugar su contenido. El valor crítico de los principios no se debilita por pertenecer al orden de lo normativo, y no al orden de lo fáctico. Hay un segundo argumento que refuerza el papel de los principios: es racional actual moralmente. Sobre todo en la situación descrita; la idea es que un contexto de crisis y escasez no permite olvidarse de la solidaridad individual porque los mecanismos de solidaridad o compensación social funcionan peor. Por eso ha de ser asumida a título individual, como un valor moral que oriente la conducta de cada uno.

En resumen, de la crisis pueden emerger valores adecuados para mantener el equilibrio entre los distintos agentes, mediante la ayuda mutua o esa forma de actuar denominada «algo por nada». Ciertas dosis de altruismo resultan imprescindibles para garantizar que todos obtendrán algún resultado, llegará a sus objetivos en menor o mayor medida. De ahí la relevancia de la cooperación. ¿Es racional ser altruista? Algunas veces interesa ofrecer algo por nada. A corto plazo, no parece racional, pero sí a medio y largo plazo. Para terminar, un ejemplo procedente de D. Parfit (10), a fin de explicar por qué actuar moralmente también es racional. Imaginemos un futuro posible en el que todos los países menos Francia sucumbieran ante los efectos de un proceso infeccioso. Al comienzo, mejoraría calidad de vida para los supervivientes, al no existir nadie más con quien compartir los recursos. Pero después la calidad de vida si iría deteriorando, porque no existirían los demás países ni bienes para importar. Pensando ahora en términos de calidad de vida, la solución a las paradojas del trabajo no puede consistir en aislar el mundo de quienes acceden al empleo y, en otro lado, el mundo de quienes no lo han hecho ni lo harán. La solución está en la dirección contraria.

(10) Parfit, D.: *Reasons and Persons*, Clarendon, Oxford, 1984, p. 421.